

bre (1). Para Ballanche, el mundo es también una ciudad de expiación en donde se desarrollan los dos dogmas generadores de la ca-

(1) Hemos hablado repetidas veces en el curso de esta historia del conde de Maistre, y hemos dado á conocer tanto la profundidad de sus doctrinas como su mala aplicación, que conduce á la centralización de un poder absoluto é inexorable. En efecto, lo que refiere ahora César Cantú, compendiando en pocas palabras todo el sistema de Maistre, está en perfecta armonía con lo que hemos consignado en otras notas. Diremos, pues, en esta circunstancia, sin explicar aun más los pormenores de las obras de este famoso publicista, que su parcialidad en favor del despotismo monárquico y teocrático le obsecó hasta el punto de proclamar, que el personaje más necesario á la sociedad es el verdugo; y para dar más latitud á su concepto, nos dejó consignado un breve elogio de las funciones de este agente tremendo en los términos siguientes: "De esta insigne y grandiosa prerrogativa, habla del poder, dimanando como consecuencia imprescindible las funciones de un hombre, cuyo cargo especial es el de infligir á los criminales las penas impuestas por la justicia humana; este hombre, en efecto, se presenta por do quiera, y sin embargo no se sabe explicar cómo esto sucede, porque la razón no puede llegar á descubrir en la naturaleza del hombre bastantes motivos para determinarle á elegir la profesión que está á su cargo.

Creo que estais ya bastante acostumbrados á meditar para que hayais reflexionado alguna que otra vez acerca de las funciones del verdugo. ¿Qué sér indescifrable es este, que entre tantos oficios agradables, útiles y á propósito para el lucro, honestos y hasta honorosos, ha dado la preferencia al suyo, que es el de atormentar á sus semejantes y acabar con ellos? ¿Este corazón y esta cabeza tienen la misma organización que los nuestros? ¿No tienen alguna particularidad ni nada de extraño á nuestra naturaleza? Este hombre está formado y organizado como nosotros, nace de la misma manera, y sin embargo, para que exista en la familia humana debe preceder un decreto especial: se necesita un *fiat* del poder creador, y este hombre, el verdugo, está creado con la misma fórmula que el mundo. Observad la opinión pública acerca de él, y considerad si le es posible ignorarla ó salirle al encuentro frente á frente. Apenas la autoridad le ha destinado su habitación, apenas se ha posesionado de ella, todos los habitantes retroceden con horror hasta perderle de vista. Colocado en medio de la soledad y de tanto silencio, en medio de esta especie de vacío que lo rodea, vive aislado con su esposa y sus hijos, que hacen resonar á sus oídos el eco de voces humanas. Sin su familia no oiría más que los gemidos lastimeros de sus víctimas. Una señal fúnebre es dada; y un ministro abyecto de la justicia se adelanta hácia su habitación, da un golpe á su puerta y le anuncia que su persona es necesaria: el verdugo sale y se traslada á la plaza pública; allí se confía en sus manos á un envenenador, á un parricida, á un sacrilego, &c. El verdugo, después de haberse apoderado de su per-

da y de la redención. Bonald, Adam, Müller y Haller, sostienen que toda institución civil es la obra inmediata del autor de la na-

tura, lo coloca en un banco ó lo apoya en un palo, lo amarra y levanta su brazo para ejecutar sus funciones. Entonces reina un silencio espantoso, y ya no se oye sino el crujido de los huesos fracturados por un hierro mortífero, y los lamentos estrepitosos de la víctima. Después de esto la desata, la coloca sobre la rueda, y sus miembros, en parte despedazados, se envuelven y vuelven entre los rayos de aquella, la cabeza cuelga bamboleándose á uno y á otro lado, los cabellos se erizan, y la boca abierta de la víctima no exhala sino de vez en cuando algunas palabras á medio articular, y precursoras de su muerte vecina. El verdugo ha concluido ya su sanguinaria ejecución, y el corazón le late, pero en su interior se aplaude, y dice ufano: "Ninguno ejerce el oficio con tanta maestría como yo." Baja del cadalso, alarga su mano empapada aún en la sangre, y la justicia le arroja desde alguna distancia pocas monedas, que reúne y se retira por entre dos filas de gente que horrorizada á su vista se aparta. Pero el verdugo vuelve á su casa, se sienta á la mesa, come, se pone en su lecho y descansa en dulce sueño. Al día siguiente se despierta, y piensa en todo á escepción de lo que hizo la víspera. ¿Quién es este sér? ¿Es un hombre? Si; Dios no le rechaza de sus templos, y le permite orar. No es un criminal; pero á ninguno le ocurre decir que es virtuoso, honrado ó apreciable. No le puede convenir ningún elogio moral, porque cada elogio supone alguna relación con los hombres, y el verdugo no tiene ninguna.

"Sin embargo, toda la fuerza, toda la grandeza, todo el poder, toda la subordinación no tienen más pedestal que el verdugo. Este agente, que es el que inspira terror á todos, es el lazo de la humana asociación. Quitad del mundo á este agente incomprensible, y veréis que desde luego desaparecerá el orden; el caos se sentará en su tenebroso trono, las coronas caerán en el polvo, y la sociedad se sacudirá hasta en sus cimientos. El Todopoderoso, que es el autor de la soberanía, es también el autor del castigo, y ha constituido la tierra dándola por estremos estos dos polos.

El conde de Maistre, al hacernos la descripción del aislamiento en que vive el verdugo, del horror que inspira en los ánimos su presencia y del aborrecimiento en que la sociedad le tiene, no advirtió que nos brindaba, sin quererlo, con la prueba más brillante que desmiente su aserto. La naturaleza ha dispuesto, como nos enseña la experiencia, todos los elementos necesarios á nuestra felicidad y al bienestar del cuerpo político, de modo que nada tienen de repugnante. Ahora bien, el oficio del verdugo lleva con el timbre de la infamia el horror, el abominio y la repugnancia, no en París ó en Turin, no en Madrid ó en Lisboa, sino en todos los países del universo; luego, lejos de ser su profesión necesaria y útil, es abusiva y un efecto ó de la barbarie de un pueblo, ó del carácter atroz del legislador, ó del atraso de las luces, ó de circunstancias especiales originadas de un vicio radical en el cuerpo político; y á

turalidad, así que el perfeccionamiento de la razón y del corazón no puede verificarse sino conformándose con la tradición primitiva de las voluntades del Todopoderoso. Hugo y Savigny, tomando otro punto de partida, llegan á un mismo término, sosteniendo que la perfección se deriva de un impulso instintivo y no razonado; y que por lo tanto ni la libertad humana, ni el refinamiento intelectual influyen en él, sino los usos y las costumbres, en fin, la tradición; por lo que es inútil la aparición de los grandes hombres y perjudicial la obra de los legisladores. Fundáanse más y más aún en la religión Daumer y Lessing, que en esta ocasión le sirve de guía, los cuales encuentran la dirección hácia una religión absoluta mediante las precedentes, que han sido, según estos autores, las revelaciones sucesivas de la más alta razón humana. Los sansimonianos, fijando sus miradas en el gran número de los que trabajan y están hambrientos, y de los que obedecen y sufren, dicen que toda fatiga humana debe tender hácia la unidad de sentimiento, de doctrina y de actividad, y hácia la asociación religiosa, científica é industrial, en cuyo ejercicio será asignado á cada uno el trabajo conveniente á su capacidad, y la retribución correspondiente á sus obras.

Hermanando Bucher esta doctrina con la de Herder, y poniendo la moral como ley suprema, y la historia como el acto incesan-

te de la humanidad, que cumple su destino en esta tierra, invoca á la naturaleza entera para que coopere á efectuar el perfeccionamiento juntamente con la humanidad y empeñándose en asignar un norte á la actividad de los hombres y de las naciones, no tan solo quiere someter la historia al método vigoroso de las ciencias naturales, sino que pretende buscar también en ella la demostración viva de la ley moral y de la revelación divina. Baader cree también que el hombre sigue constantemente el pensamiento de la Providencia sin perturbar la armonía universal, y añade que este pensamiento no es más que la redención, grande obra de misericordia, por cuya mediación todos los siglos tienden á estender el cristianismo, impulsando de este modo al mundo á un progreso continuo, y provocándolo sin descanso á seguir los dictámenes de la justicia, de la unidad y del amor. Según este sistema, desaparece el fatalismo; el hombre se queda libre, la decisión de su voluntad no puede preverse, si bien la de Dios se prevee, y de esta manera el mismo desorden contribuye á establecer el orden, sea que las criaturas lo quieran ó no. Federico Schlegel pretende con la palabra *atributo distintivo de la humanidad*, hayan sido reveladas al hombre las principales verdades religiosas, así morales como sociales. Dice este autor, que la palabra alterada primeramente en el hombre [1], lo fué después en toda la raza; y mientras que la filosofía pura debe restaurarla en la conciencia, la filosofía de la historia debe cumplir el mismo oficio en toda la especie, indicando la marcha de esta regeneración; y que esta doctrina apoyada en la experiencia nos patentiza cómo de la lucha de los acontecimientos entre sí se combinan cuatro acciones, á saber: la fuerza material, el libre albedrío, el principio malo y la voluntad divina que salva; de cuyo conjunto se derivan las frases de la palabra, de la fuerza, de la luz y de la redención, norte divino que se descubre en medio de los siglos.

[1] La teoría de Federico Schlegel se reduce á lo siguiente: la palabra, ó más bien la humana inteligencia, sufrió una alteración por causa de la culpa primitiva, la cual transmitida á las generaciones, originó también una alteración progresiva en las palabras ó inteligencias sucesivas de la humanidad. Pues dice este autor, el oficio de la filosofía, considerada relativamente á los individuos, tiene por objeto reconciliarnos con la conciencia, lo que significa retraernos del vicio para remontarnos á la virtud, y adquirir hasta el punto que nos sea posible la inocencia y pureza primitiva. Aplicando esta filosofía á la historia, y considerando que ésta última abraza toda la especie, es su particular oficio ejercer el mismo ministerio que la filosofía pura, con la diferencia de que la primera se refiere únicamente al individuo, y la última á la humanidad entera, poniendo en juego todos sus esfuerzos para regenerarla. [Nota del traductor.]

Hasta que la filosofía de la historia se apoya en los hechos y se contenta con averiguarlos, esponerlos, encadenar sus fragmentos y compendiar cada conocimiento histórico, eleva los entendimientos humanos mucho más de lo que haya podido efectuar la ciencia antigua; pero si traspasa estos límites, degenera fácilmente en sistemas caprichosamente adoptados y sostenidos por una serie indeterminada de observaciones acerca de los acontecimientos; así que muy fácilmente se reduce el hombre á víctima, á testigo ó á instrumento en nombre de la Providencia ó de la fatalidad, en vez de vigorizar dignamente el sentimiento de su libertad moral.

En efecto, una escuela histórica fatalista proclamó: "El hombre es como su tiempo lo hace; las creencias cambian porque lo deben; se cumplen los hechos porque habian sido dispuestos de otros precedentes; un siglo no tiene mérito ó culpa de lo que es ó lo que piensa, ni se puede imputar al hombre las opiniones de su propia edad, en las que inevitablemente se ha empapado, como el niño en la leche de su nodriza."

Esta doctrina, aunque inmoral y desoladora, porque quita la fe al genio y arrebató al hombre la prenda más preciosa de su naturaleza, á saber: el libre albedrío, le condujo, sin embargo, á no creer ya en que los siglos estén guiados por los individuos, y á no emitir el fallo de que los hombres son tiranos ó usurpadores, antes de examinar si fueron obligados por las circunstancias que destruyen real y verdaderamente la voluntad, aunque no la privan de su poder.

Otra escuela más circunspecta, interponiéndose entre la Providencia y la fatalidad, pretendió trazar el camino de lo verdadero entre dos abismos, tomando á su cargo justificar todos los hechos, encontrar una razón para todas las órdenes, y aclarar cómo cada cosa está en su lugar, cómo cada instituto tiene su misión, y cómo los hechos son un producto del pueblo y no de los individuos; esto es, cómo el pueblo se encuentra siempre en lucha contra la conquista brutal ó la docta opresión. Fijando la atención, pues, en el mejoramiento y en las pasiones, los adeptos á esta escuela descubrieron un sentido grandioso en las cosas, que parecían litigios frívolos de las clases escolásticas ó de los concilios; un sentido grandioso en los monges, en las municipalidades y en las cruzadas, con respecto á lo que el pueblo contribuyó en estos hechos; y poniéndose de su parte concibieron tanta aversión contra la fuerza y la conquista como interés en favor de las reformas, de la emancipación y de la libertad del pensamiento, creyendo no poderse odiar ni vilipendiar lo que habia sido en otro tiempo reverenciado y amado por el pueblo; y sostenían que el hombre de genio es grande tan solo cuando comprende y secundar los instintos, las pasiones y el poder de su nación, de su tiempo y de la humanidad entera.

La escuela de los sansimonianos ha ejercido mayor eficacia aún. Si quiere despojarse esta secta por un instante del impío manto en que con ostentación se envolvió para presentarse ufana como religión del porvenir, y de la absurda pretensión de aniquilar la propiedad, el derecho de herencia y la familia, reduciendo toda la ciudadanía (1)

[1] Nuestro autor con sutileza de ingenio sabe sacar partido de todos los datos y también de los elementos de las cosas y de los hechos, que han sido causa de trastornos políticos y dado margen á falsas doctrinas, perniciosas á la humanidad, generalmente considerada. Así es, pues, que en el texto de esta historia, indicando por encima los principios de la secta Sausimoniana, nos da á conocer la parte de sus doctrinas, que ha influido en el progreso de la humanidad. Nosotros, pues, no teniendo más que añadir á las reflexiones perspicaces de nuestro autor, nos limitaremos á bosquejar en pocas palabras un cuadro del sansimonianismo, acompañándole de algunas pocas observaciones oportunas para el caso, y no desagradables, por cierto, á nuestros lectores.

La desigualdad entre los diversos miembros de una sociedad constituye á la vez la fuerza de los individuos y aquel cuerpo colectivo que se llama nación, pueblo ó Estado. Esta desigualdad produce la ambición, las pasiones, los vicios y las virtudes; en fin, es la fuerza de la acción y del movimiento social; es una ley que la Providencia ha impuesto á todas las criaturas, así en el orden físico como moral. Y á decir verdad, aunque de ella se originan los males, éstos tienen su raíz en la humana malicia. En efecto, la desigualdad sirve para el equilibrio social, porque la uniformidad produce la indolencia, la falta de movimiento y todos los elementos de la inercia. Esta misma desigualdad, si toma por norte los preceptos de nuestro Redentor, nos guía al heroísmo y aquella abnegación, que es lo bello ideal de la virtud. El pretender, pues, con una predicación extraña destruir la desigualdad, es una tarea anti-social, la cual aunque no puede conseguir su objeto, porque sale de la esfera de lo posible, altera momentáneamente todas las condiciones políticas é individuales, fomentando una exaltación culpable en las masas á costa de mucho sufrimiento y de gran derramamiento de sangre.

Un año después del destronamiento de Carlos X levantó la cabeza, desde las oficinas del periodismo parisiense, una hidra más terrible que la de la fábula, una secta político-religiosa, cuyos adeptos reconocían por su jefe á un tal Claudio Enrique Saint-Simon, muerto en París el 19 de Mayo de 1835. Estos tomaron nombres y trajes extraños para atraerse la atención de un público ocioso, y cada vez más ávido de novedades. Los sansimonianos decían, que el cristianismo habia cumplido ya su curso, y que habiendo sido bueno, y si se quiere también excelente para las sociedades muertas, no podía ahora llenar las necesidades de la época; por lo que era menester plantear una religión nueva que rehabilitara la carne, haciéndola disfrutar de los bienes de un orden sensible, que pertenece á la naturaleza humana,

á un juego de bolsa, se verá que prodigó en sus ensueños puntos de vista muy robustos á la sociedad y á la literatura, difundiendo la idea de que residen en el pueblo las fuerzas creadoras del trabajo, de la industria, del genio, de la civilización, proclamando su emancipación para despojarlo de los harapos con que lo han cubierto el feudalismo del dinero y la ínicua distribución de las comodidades y de los trabajos. Algunos pensamientos que relampaguearon en la mente á filósofos de gran nota, adquirieron finalmente su madurez en los sistemas, y se sostuvo que no bastaba fijar la atención en los actos exteriores para conocer á los individuos y al género humano, sino que era menester pesar con exactitud los sentimientos, los raciocinios y el desarrollo poético ó religioso, hermanándolo al mismo tiempo con el científico ó teórico y con el industrial, y que la historia no debía ocuparse de un solo país, sino de todo el género humano; pues que, mediante este exámen, se nos presenta como un continuo progreso, como una realización de la perfectibilidad indefinida, y como una fuerza que encamina á la inteligencia de su propio destino social, con objeto de cumplirlo, unificando los sentimientos, la doctrina y la actividad. De aquí se deducía que el siglo de oro no estaba colocado á nuestras espaldas, sino que desplegada á nuestra vista y que hacía él debían dirigirse todos los esfuerzos comunes, acompañando-

y ocupando el lugar y los títulos de los bienes pertenecientes al orden espiritual. Esta teoría manifestaba su estravagancia en el giro mismo de las palabras, porque no puede llegarse á comprender cómo una rehabilitación toda corporal pueda sustituir al espíritu y satisfacer sus necesidades, ni puede caber en el orden social una rehabilitación, que toma por norte los sentidos en vez de la inteligencia, pretendiendo que esta última adquiere su mayor perfección de la parte menos noble del hombre, á saber, la materia. En efecto, decían los sansimonianos: "La religión que revelamos no tiene nada de sobrenatural, y todos los deberes que impone y los bienes que promete son terrestres. ¿Por qué dirigir nuestras miradas allende lo que vemos? Nosotros no conocemos ni podemos averiguar lo que existe fuera de este mundo. Por lo demás, añadan, todas las restricciones que el cristianismo impone al derecho natural respecto de los goces, son arbitrarias, injustas y tiránicas, ni merece ser culpado el que no quiera seguirlas." He aquí toda la teología sansimoniana en compendio.

Estos sectarios escarnecidos en Francia, perseguidos y apedreados en Suiza y ridiculizados por do quiera, decían en alta voz: "dejadnos subir al poder, auxiliados, y todas las distinciones, todos los privilegios de cuna, todas las prerogativas sociales desaparecerán, y entonces se cumplirá la frase sacramental á cada cual según su capacidad, á cada capacidad según sus obras." De esta última sentencia, al parecer muy buena, sacaban en consecuencia, marchando de ilación en ilación,

los con el espíritu de paz, de orden y de caridad, para dar al mundo entero un carácter de concordia, de sabiduría y de belleza, todo combinándolo en una vida común, amorosa, arreglada y robusta.

El tiempo que consolida la verdad y pasa una raya indeleble sobre los comentarios de la mentira, hizo fructificar todo lo que de juicioso y social contenían estos sistemas, y sacó de sus entrañas un concepto más grandioso y verdadero con respecto á la historia y á sus deberes. Llegóse á conocer cómo ésta adquiere importancia prestando sus auxilios á fin de que se conozca al hombre y la eficacia de las instituciones y de los hechos sobre las condiciones de los pueblos, y que no inspira mayor interés si se trata de los tiempos de César más bien que de los relativos á los Federicos. Habiendo llegado á comprender la historia, que los siglos no están sujetos al dominio de los individuos, nos da á conocer con sus pinturas iluminadas, aun cuando experimenta la falta de memorias acerca de los últimos, la vida de los pueblos y de las sociedades; y participando de esta manera de sus penas y de sus esperanzas, reanuda la inmensa cadena de los acontecimientos sin señalar su fecha, y presenta la triste oportunidad de nuestros padecimientos, dando la fisonomía de la actualidad también á los casos más remotos, porque el ser de quien se trata, vive, trabaja,

la comunidad perfecta de los bienes, del trabajo, de la industria y hasta de las mujeres y de los hijos. En fin, la disolución del cuerpo social y del orden político y moral.

Rechazados los sansimonianos de la Europa, algunos de ellos se trasladaron á países remotos para predicar sus doctrinas á los desiertos y á las pirámides del antiguo Egipto, como decían con mucho chiste los periodistas franceses de aquella época; pero no se les mostró la fortuna más halagüeña en aquellas regiones, y si no fueron perseguidos, fueron á lo menos desatendidos, y por último murieron insensiblemente como los tísicos. Estando nosotros en Argel, tuvimos el gusto de ver en el año de 1840, á dos sansimonianos, las cuales habiéndose atraído la atención del público, por su traje, que tenía algo de estravagante y nuevo, se encontraron en breve precisadas á abandonar el país, porque los habitantes de la Argelia, que conocían las doctrinas de aquella secta, creían que nadie podía impedirles disfrutar de las gracias de dos sansimonianas, obligadas á manifestarse condescendientes con el aumento común de la población. Otros de aquellos sectarios en número de cinco, pasaron de Francia á Constantinopla; pero el gobierno turco, enterado de sus doctrinas subversivas, les impidió predicar, y con chistosa sátira les participó, que les habia preparado sus pasaportes para que pasaran el Bósforo, y penetraran en los países más internos del Asia en donde pueblos bárbaros y nómadas, necesitaban de su santo ministerio para civilizarse precipitadamente.

[Nota del traductor].